

**Aranguren:  
elementos para el  
estudio del  
movimiento  
contracultural**

Joan Carles Rincón i  
Verdera

*Educació i Cultura*  
(1998), 11:  
27-38

# Aranguren: elementos para el estudio del movimiento contracultural

Juan. C. Rincón Verdera

## Resumen

*El nuestro es un tiempo postmoderno. La postmodernidad, caracterizada por una fuerte crisis de valores, tiene su origen en el movimiento contracultural de los años sesenta y setenta. Este artículo intenta ser una aportación, desde la perspectiva arangureniana, al estudio sociológico de dicha contracultura.*

## Summary

*These are post-modern times. Post-modernism, characterised by a strong crisis of values, has its origin in the countercultural movement of the sixties and seventies. This article is meant to be a contribution, from Aranguren's perspective, to the sociological study of the aforementioned counterculture.*

## 1. Introducción

Para Aranguren el hombre es eminentemente un *proyecto vocacional* que se desarrolla haciendo cosas entre los hombres, interactuando relacional y activamente con los sujetos, los objetos y las circunstancias que le han tocado en suerte. La educación, en tanto que apropiación de posibilidades, es lo verdaderamente *antropológico* en el hombre: el hombre, proyecto vocacional, debe desarrollar su personalidad a través de la educación. La situación o contexto histórico en el que Aranguren se mueve para perfilar el modelo de educación que nos propone es lo que se ha venido en llamar la *postmodernidad*. Hombre, proyecto y educación: difícil tarea en una época en la que ya no hay hombres, en la que el sujeto transformador se ha disuelto y sólo quedan estructuras, sistemas o grupos; compleja situación para llevar a cabo un proyecto vocacional que requiere tiempo, en una época donde no hay tiempo, sólo el instante, el presente; complicada situación para llevar a cabo una tarea educadora en un período donde la información y la comunicación de los medios ostentan, sin apenas ninguna resistencia, el control educacional. La educación moral en el hombre postmoderno no es tarea fácil. En el presente trabajo veremos, lo más esquemáticamente posible, cuáles son los antecedentes de esta época en la que vivimos, centrándonos en el tema de la juventud contracultural de las décadas de los años sesenta y setenta, aportando, desde la perspectiva arangureniana, interesantes elementos para una sociología de la contracultura.

## 2. La juventud contracultural

Somos muchos, nos dice Aranguren <sup>1</sup>, “[...] los intelectuales que pensamos que la era de la modernidad ha terminado y que estamos ingresando en una época postmoderna.” Ciertamente, la postmodernidad significa el final de la modernidad, el paso de la sociedad industrial a la sociedad tecnológica, del capitalismo de producción y acumulación al capitalismo de consumo o neocapitalismo, de la galaxia Gutenberg a la aldea global electrónica; de la historia como progreso al final de la historia; del humanismo social al antihumanismo individualista. El tránsito de una a otra etapa histórica tiene su origen, sigue diciéndonos el profesor Aranguren, en la contracultura de la década de los sesenta (y no menos en la filosofía nietszcheana).

Veamos unas palabras que nos describen muy gráficamente el panorama de la juventud de los sesenta: “Tenemos ante nosotros unas cuantas fotografías de jóvenes en grupo. Éstos fumando cigarrillos de marihuana que se pasan unos a otros. Aquéllos haciendo meditación frente al sol naciente o poniente. Unos, desnudos todos, retozando sobre la arena de una playa o sobre la hierba. Otros viviendo en una pequeña comuna al aire libre [...] Un chico cuidando de los niños pequeños, hijos de la comunidad, y jugando con ellos; [...] otros realizando trabajos artesanales. Nuevas fotos nos muestran la reunión político-radical de unos jóvenes que “preparan” la revolución, en tanto que otros marchan por una calle central con carteles de protesta frente a la violencia de la guerra y, para mayor paradoja, vemos también una pequeña banda de jóvenes rebeldes asaltando a una vieja o, como en películas recientes, violando por pura broma a una mujer delante de su marido. Cultura de las drogas, cultura religiosa no confesional sino puramente experimental, cultura de la desnudez y del cuerpo, cultura de la vida sencilla y pobre, cultura de la creatividad, cultura de la revolución, cultura de la no-violencia, cultura de la violencia por la violencia. Todas éstas y muchas más son las imágenes que tenemos delante, y que nos presentan a la juventud actual como radicalmente diferente del modo de comportarse de los adultos.” <sup>2</sup>

Ciertamente, las actitudes y la forma de vida de la juventud cambian radicalmente en la década de los sesenta. Subsiste, claro está, algo común a los años anteriores: la conciencia de la juventud como diferente y también como importante, precisamente por diferente. Los años sesenta revisten una forma grave, solemne y responsable, porque los jóvenes se consideran portadores de los valores emergentes de la redención de la humanidad. La juventud aspiraba a asumir el papel del proletariado, no ya como clase social, sino, ampliamente, como un mensaje dirigido a todos los hombres, de liberación, de revolución en el sentido positivo de esta palabra. Fue una revolución desde arriba, porque en nombre y a favor de los países subdesarrollados, o de las minorías subdesarrolladas, se quiso llevar a cabo por las capas juveniles que, más críticas, gozaban del bienestar suficiente. Es saliendo de la abundancia y no de la pobreza desde donde se produce esta nueva denuncia. Son los jóvenes de las clases medias los que se convierten en propagadores de la idea de la revolución pendiente. La denuncia es ésta: la nueva privación

<sup>1</sup> *Moral de la vida cotidiana, personal y religiosa*, Madrid, Tecnos, 1987, pp. 168.

<sup>2</sup> “Las subculturas juveniles” en *El futuro de la Universidad y otras polémicas*, Madrid, Taurus, 1973, pp. 101 y 102.

de libertad, la nueva alienación en la que han caído unos, y amenaza en un futuro más o menos próximo a otros, es el aburguesamiento de la cultura de consumo, que conduce a un conformismo de signo materialista <sup>3</sup>.

En occidente sólo había, y de hecho sigue habiendo, una cultura y, dentro de ella, una pluralidad de subculturas, entendidas éstas no peyorativamente, sino como realidades particulares dentro de otra más amplia, universal, la cultura occidental: “*Antiguamente la cultura se entendía como unitaria. No había más cultura propiamente dicha que la occidental, que recogía en sí la herencia de la cultura clásica, griega y latina, y también de la hebrea, en cuanto precedente de la cristiana [...] La [única cultura] que, apoyada en el clasismo y en el judeocristianismo, trasciende los tiempos y debe ser considerada la cultura por antonomasia, es la cultura occidental (y, no se olvide, la ciencia moderna, típicamente occidental e ingrediente capital de tal cultura en su fase actual).*” <sup>4</sup> La subcultura contracultural de los años sesenta y primera parte de los setenta, supone la ruptura con la sociedad y la cultura moderna occidental <sup>5</sup>, quieren ser una verdadera *contestación*, una repulsa en bloque de la cultura establecida. Repulsa y contestación, nos dice Aranguren, que puede hacerse por dos vías diferentes y aun opuestas: “[...] *la hippie, de segregación o separación del mundo cultural occidental, para la invención o recuperación de formas culturales diferentes en las que vivir; o la revolucionaria, de lucha frontal contra el Régimen, para su sustitución por otro no sólo socioeconómicamente sino también culturalmente diverso. Es decir, para el tránsito a la fase final e integral del comunismo, según el lenguaje de Marx, al sistema de la libertad y desaparición del Poder, es decir, a la “anarquía”, en el buen sentido de la palabra, supresión de todo dominio del hombre por el hombre, también del dominio indirecto a través del mantenimiento de tabús y prejuicios “morales”, y de pautas culturales supuestamente paradigmáticas.*” <sup>6</sup>

Ciertamente, el punto de partida de la nueva condición de la ideología la encontramos en el *Mayo del 68* y, en general, en el *movimiento juvenil y contracultural* <sup>7</sup>, de la que se vino en llamar la *década prodigiosa*. Tuvieron la pretensión de querer cambiar el mundo y de derribar todas las murallas que la civilización tecnológica occidental había levantado. La expresión contracultura hay que tomarla al pie de la letra, como una oposición frontal a la cultura occidental <sup>8</sup>: “*Apoyada en los conocimientos alumbrados por la Antropología cultural, la contracultura tiende a ver la civilización occidental simplemente como una cultura entre otras, desarrollada de manera sumamente unilateral. Una cultura que ha conseguido un gran progreso técnico, al precio, demasiado caro, de la renuncia a muchos otros valores, y de una explotación de la naturaleza que puede llegar a hacerla explotar y que, en cualquier caso, la deteriora más y más cada día.*” <sup>9</sup> Contracultura, en este sentido, en tanto que cosmovisión, no fue tan sólo una alternativa a

<sup>3</sup> “Contestación cultural” en *Bajo el signo de la juventud*, Madrid, Salvat, 1982, pp. 28.

<sup>4</sup> “Las subculturas juveniles” en *El futuro de la Universidad y...*, op. cit., pp. 104 y 105.

<sup>5</sup> “La liberación de la mujer” en *Erotismo y liberación de la mujer*, Barcelona, Ariel, 1972.

<sup>6</sup> “Las subculturas juveniles” en *El futuro de la Universidad y...*, op. cit., pp. 106 y 107.

<sup>7</sup> Contracultura es un término acuñado por ROSZAK, T., *El nacimiento de una contracultura*, Barcelona, Kairós, 1978.

<sup>8</sup> *Entre España y América*, Barcelona, Península, 1974, pp. 103.

<sup>9</sup> *El futuro de la Universidad y...*, op. cit., pp. 118.

la cotidianidad de las aulas, sino a la vida misma y, por ello, las revueltas estudiantiles, en tanto que alternativa a los planteamientos universitarios y a las formas de vida imperantes, fue desde sus orígenes, contracultural: “[...] lo que importa a estos grupos no es la adaptación a la modernidad sino, al contrario, la expresión de una disidencia radical con respecto de ella.”<sup>10</sup>

El contexto en el que se desarrollaron los acontecimientos sería aproximadamente el siguiente. A finales de la década de los cincuenta surgió en Nueva York un movimiento literario, cuyos representantes más significativos fueron Allen Ginsberg en poesía y Norman Mailer en narrativa (otros representantes fueron Burroughs, Corso, Ferlinghetti y Kerouac), que buscaba una forma de expresión literaria totalmente libre y espontánea. Uno de sus componentes, Kerouac, bautizó al grupo con el nombre de *Generación Golpeada* (*Beat Generation*). Este grupo, los *beatniks*, junto con los planteamientos estéticos, centrados, como hemos dicho, en la espontaneidad de la expresión literaria, y las influencias recibidas del existencialismo francés, se oponía, básicamente, a las formas de pensar y de vivir de su país, así como a sus planteamientos políticos y a la conformación de su sociedad, llena de puritanismos, prejuicios y convencionalismos: “*Se trata de un movimiento general [...] de repulsa del sistema americano de valores, la ganancia y el consumismo como motivos fundamentales, el estilo de vida y la organización tecnocrática de la sociedad.*”<sup>11</sup>

En los Estados Unidos, Kennedy, que llegó a la presidencia venciendo a Nixon, pese al conservadurismo de la sociedad de su tiempo, cerraría la etapa de la postguerra y lanzaría a su país hacia la revitalización y el desarrollo en todos los órdenes, lo cual, entre otras cosas, posibilitaría aún más el acceso a la Universidad de los jóvenes americanos. Por su parte, Europa, e incluso España<sup>12</sup>, comenzaban a recuperarse de los desastres de las guerras y a iniciar su desarrollo. Además, la revolución cultural de la China de Mao y la revolución cubana de Castro, con el espíritu revolucionario encarnado en la figura del Che Guevara, símbolo de la liberación, iban calando en las mentalidades de las personas y de los colectivos. El punto crucial se establece con el inicio de la guerra del Vietnam. Intelectuales de prestigio, desde distintas posiciones, lanzaban sus críticas contra el sistema<sup>13</sup>. Las revueltas estudiantiles se iniciaron en 1966, viéndose con ello la posibilidad de la liberación en la desalienación, por lo que sería necesaria la oposición a cualquier forma de autoridad que el poder o el sistema tuviera establecida en todas las parcelas de la vida de las personas, a cualquier nivel, escolar, social, familiar o sexual. La estrategia no fue otra que la desobediencia a la norma establecida.

<sup>10</sup> *La crisis del catolicismo*, Madrid, Alianza, 1969, pp. 106.

<sup>11</sup> *Entre España y...*, op. cit., pp. 19 a 21.

<sup>12</sup> Es lo que Aranguren ha llamado, con un cierto cinismo, el triple milagro español, basado en el turismo, la emigración y el capital extranjero. Ver *Conversaciones con Aranguren*, Madrid, Paulinas, 1976, pp. 148 a 160, 171 a 174, 187 a 193, 307 a 319, y 335 a 338.

<sup>13</sup> Chomsky, desde el MIT, y Marcuse, desde Berkeley, fueron, sobre todo este último, los que encabezaron más ferozmente sus críticas al sistema. Marcuse será el maestro e inspirador, al que se le seguirá al pie de la letra. “Ètica d’aquest fenomen” en *Els infants, nou esclat social*, Barcelona, Edimurtra, 1989, pp. 97 a 118. Ver pp. 99.

### 3. Década de los sesenta: mayo del 68 y hippies

En Europa el *Mayo del 68* tuvo una significación más radicalmente política ya que se instaba a la lucha anticapitalista y al derrocamiento del sistema establecido: “[...] la etiqueta “contracultura” expresa más bien un deseo que una realidad. El movimiento, los movimientos culturales juveniles han surgido en el mundo occidental, e incluso en la parte más “occidentalizada”, desarrollada y aun saturada de desarrollo de Occidente. Y toda reacción depende de la acción previa. O, dicho en otros términos, de Hegel, los que luchan están abrazados, y la hostilidad frente a la tecnología y el consumismo serían imposibles en áreas subdesarrolladas. Sólo quien ya lo ha tenido todo puede estar cansado de ello, y para “estar de vuelta” hay que “haber ido” primero.”<sup>14</sup> Los jóvenes también se enfrentaron a los partidos clásicamente revolucionarios y liberadores por su estructura verticalista y autoritaria y por estar comprometidos con las propias reglas del sistema político: “Por el contrario, la rebelión universitaria occidental tomó una significación completamente nueva, mucho más radical y a la vez más vaga que la española, y que repudiaba, casi por igual, las dos inspiraciones de ésta: la democrático-occidental y la democrático-popular o marxista ortodoxa. El marxismo ortodoxo -se dice ahora- es una organización de poder represiva de la libertad, que se sacrifica a la producción económica, es decir, al economicismo, y, por supuesto, al imperialismo.”<sup>15</sup> El Mayo del 68 no fue otra cosa que una constante lucha contra cualquier forma de poder establecido o por establecer. Se trataba, por lo tanto, de un movimiento expansionista, subversivo, activamente contestatario. Contestación y no mera oposición, ya que, como he dicho, en bloque rechazaba la sociedad global: “[...] no simple oposición parcial, sino repulsa total de un régimen, tanto en lo político como en lo económico, en lo social, en lo moral, en lo cultural. La juventud adscrita a esta corriente, orientada por viejos maestros como Marcuse y guiada por jóvenes líderes surgidos de su mismo seno, se sintió presta a tomar el relevo de un proletariado aburguesado en los países del capitalismo avanzado, y convertirse en el colectivo mesiánico liberador de la humanidad, a través de una revolución de nuevo estilo.”<sup>16</sup>

Todo ello desembocó en el movimiento contracultural que culminó con los *hippies*. Tal movimiento se basó en las transferencias que éste realizó, al nuevo contexto ideológico pregonado por Marcuse, de las notas definitorias de la generación beat y de los existencialistas, así como de las ideas vectoras del movimiento estudiantil. La contracultura buscó el logro social e individual imposible de alcanzar en la sociedad formalmente organizada. Libertad e imaginación serían las bases sobre las que se tenía que conseguir el modelo de nueva vida, modelo que pasaba, necesariamente, por la supresión de cualquier forma de autoridad y de represión. Se trataba, nos dice Aranguren, de un movimiento replegado sobre sí mismo, autosegregacionista, pasivamente distanciado de la sociedad establecida: “[...] el movimiento contracultural y hippie estuvo animado por una esperanza, [...] la de constituir una comunidad o, mejor dicho, una pluralidad, una libre federación de comunidades o comunas segregadas, separadas de la sociedad global, para

<sup>14</sup> “Las subculturas juveniles” en *El futuro de la Universidad* y..., op. cit., pp. 107.

<sup>15</sup> *Memorias y esperanzas españolas*, Madrid, Taurus, 1969, pp. 209.

<sup>16</sup> *Sobre imagen, identidad y heterodoxia*, Madrid, Taurus, 1982, pp. 171 y 172.

la invención radicalmente autogestionaria, de formas culturales nuevas, en parte asimiladoras de un espíritu oriental o primitivo, más ricas y profundas que las establecidas en Occidente.”<sup>17</sup> No cabe la menor duda que la subcultura, que la contracultura juvenil no quería saber absolutamente nada de la cultura dominante, ni siquiera para luchar contra ella: “[...] la expresión de una disidencia radical con respecto de ella [la modernidad]: tan radical que ni siquiera se propone la lucha activa contra ella. Situándose en una perspectiva postmoderna, se segrega pacíficamente de una sociedad industrial cuyo motor es el consumismo y, bajo la influencia de las imágenes de pueblos primitivos que presenta la Antropología cultural y de las religiones orientales, especialmente hindúes, intenta abrir una auténtica vía de comunicación -inaccesible a los hombres “modernos”- con la realidad total.”<sup>18</sup> Se trataba, ante todo y sobre todo, de un nuevo estilo de vida. Pondrían el acento en la suscitación de una nueva sensibilidad y el desarrollo de una nueva sensualidad. Preconizarían una nueva conciencia del cuerpo y de los sentidos, especialmente, el tacto y la comunicación no verbal. Pasarían de la sensualidad a la sexualidad, cultivarían la plena liberación sexual, el comunismo y el polimorfismo sexual, la homosexualidad junto a la heterosexualidad, es decir, la bisexualidad, en todas las formas y modos posibles.

Así nos narra Aranguren la realidad contracultural, desde un punto de vista sociomoral y espiritual, sintetizada en la triple y particular realidad del *tempo* subcultural: “[...] Del éxtasis sexual -subcultura del eros- al éxtasis místico no hay tanta distancia como podría parecer. En otros tiempos se provocaba el éxtasis por la ascesis y la contemplativa concentración. La “meditación” sigue representando un papel importante en la mística juvenil. Pero se recurre sobre todo a la “subcultura de las drogas” para procurar -instant mystic- el “viaje”, la ascensión extática. La “cultura de la pobreza” sirve de modelo a estos nuevos “mendicantes” que, frente al despilfarro y la ostentación, quieren volver a la vida sencilla. “Subcultura de la comunidad” también, vida en común, con comunidad de todos los bienes y todas las relaciones personales, en contraste con la “muchedumbre solitaria” de las grandes concentraciones urbanas. Y no sólo en contraste con ellas. También con la obsesiva búsqueda de una “identidad”. La subcultura juvenil no se preocupa -o pretende no preocuparse- por la tan pregonada “crisis de identidad” de nuestro tiempo [...] La identidad de la subcultura juvenil es comunitaria, de grupo, de generación, de edad [...] No vive del pasado, por supuesto, pero tampoco con vistas al futuro: **Salvation Now**, la salvación, ahora, el Cielo, aquí. ¿Vive entonces en el presente? Más bien en la confusión de los tiempos, en el tiempo “utópico”, es decir, no situado dentro de la secuencia histórica, tiempo que haciendo pie en el presente y planeado sobre un nuevo porvenir, mira o recrea un pasado perteneciente a culturas orientales o primitivas, y, sobre todo, un tiempo inexistido, soñado o inventado, mítico. La eliminación de la barrera separatoria de lo que ocurre en el sueño y lo que ocurre en la vigilia, lo onírico y lo privilegiadamente considerado por los adultos como “real”, no es sino la traducción psíquica de un modo de vivir -pensamiento neomágico, exaltación de la fantasía, cultivo de ceremonias innovadoramente rituales- a la vez en el tiempo y fuera del tiempo [...] Subcultura, asimismo, de la creatividad personal, artesanal o artística, pero no

---

<sup>17</sup> Ibidem, pp. 172.

<sup>18</sup> *La crisis del catolicismo*, op. cit., pp. 106.

*individualista, sino de grupo o comunal frente a la producción en serie. Y, en fin, vuelta a la naturaleza, vida en contacto estrecho con ella, vida verdaderamente ecológica, como la del animal en su **habitat** natural, y no como la del hombre occidental que ha inventado, urna de plástico ensuciado por el **smog**, un medio artificial dentro del cual vivir, malvivir o contravivir.”*<sup>19</sup>

Ciertamente, las características esenciales del modelo, siguiendo la explicación de Aranguren, fueron:

1) **El retorno a la naturaleza:** Suponía, esencialmente, la marginación y el inicio de la autosuficiencia y el desprecio por la estructura del sistema<sup>20</sup>.

2) **El espiritualismo orientalista:** El verdadero conocimiento era el autoconocimiento que se oponía al conocimiento racional y científico patrocinado por el poder<sup>21</sup>.

3) **Los alucinógenos:** El consumo de drogas tenía un sentido positivo de indagación interior, de búsqueda de uno mismo, con una significación totalmente diferente de la que tiene hoy en día. Era un viaje espiritual, gozoso en sí mismo, lleno de vida, nunca, como ahora, una huida hacia la muerte<sup>22</sup>.

4) **El pacifismo:** Desde su oposición a la guerra del Vietnam, hasta su creencia de que la revolución y el cambio de la sociedad debía hacerse por la vía pacífica y por la marginación<sup>23</sup>.

5) **La comuna:** Se trataba de una nueva forma organizativa, es decir, consistía en la abolición de la propiedad privada; y la libertad total en las relaciones de pareja. Se optó, por lo tanto, por formas libres de convivencia no reproductoras de los procesos de autoridad, que confluían en la estructura social del sistema a través de la célula familiar. Se liberalizaban las relaciones sexuales y se socializaban las propiedades, desterrándose el concepto de privacidad<sup>24</sup>.

6) **La liberación sexual:** Aparece como la normalización de la libertad y superación de la represión. El amor como revolución y como acto subversivo. A todo ello colaboró, no cabe duda, el desarrollo de los anticonceptivos, aunque también se patentizaron públicamente los valores de las sexualidades alternativas, contemplándose como una conquista más en pro de la libertad<sup>25</sup>.

7) **Un nuevo sistema económico:** Muchos colectivos intentaron nuevas alternativas económicas a partir de la música, el cultivo en granjas y la venta de artesanía. Ello hizo que muchos jóvenes abandonasen los países industriales de donde eran originarios para instalarse en otros de menor nivel económico para poder así vivir de sus propias producciones. En este sentido Ibiza y Formentera fueron islas señeras<sup>26</sup>.

<sup>19</sup> “Las subculturas juveniles” en *El futuro de la Universidad y...*, op. cit., pp. 109 a 111.

<sup>20</sup> *Entre España y...*, op. cit., pp. 101, 120 y 121.

<sup>21</sup> *La crisis del catolicismo*, op. cit., pp. 106.

<sup>22</sup> *Ibidem*.

<sup>23</sup> *Ibidem*.

<sup>24</sup> *Ibidem*, pp. 103.

<sup>25</sup> *Ibidem*.

<sup>26</sup> *Ibidem*, pp. 102 y 103.

#### 4.- Década de los setenta: desencanto

Sin embargo, desde la contracultura se criticó el orden establecido sin tener un nuevo orden para reemplazarlo, lo que condujo al triunfo, no del colectivismo, sino del individualismo: “*El genio de la cultura occidental consiste, precisamente, en su capacidad de digestión de todos los brotes culturales nuevos, los cuales terminan por asimilarse a ella.*”<sup>27</sup> Los primeros años setenta representan la última ofensiva contra los valores puritanos y utilitaristas, así como el último revuelo cultural, al tiempo que son el origen de toda una serie de innovaciones que sólo se preocuparán de su afán por democratizar la lógica hedonista e individualista<sup>28</sup>, tal como sucede, que duda cabe, en la postmodernidad<sup>29</sup>. En los años setenta entramos en una nueva y tradicional etapa juvenil. En Mayo del 68 se marca el final de una etapa y el inicio de otra. Se dio paso a un replanteamiento de los valores anteriormente proclamados, al menos de la estrategia para su realización. Se había perdido la esperanza de una transformación brusca y violenta de la sociedad, pero no se abandonaba todavía la idea y el proyecto de una revolución. Ahora se trataba de realizar una *minirrevolución*, la revolución cultural que fuera penetrando gradualmente en la vida cotidiana de la sociedad entera, en sus usos y hasta en sus instituciones. Era preciso operar lenta y oblicuamente, y no en oposición frontal, sino haciendo una labor minatoria de los fundamentos mismos de la sociedad, hasta producir su disolución. Disolución que debería llevarse a cabo desde la base de la pirámide, desde la capa juvenil y desde dentro de la sociedad. En el plano económico se propuso la autogestión; en el político, la diversificación del poder estatal, regional y local y la autonomía en los diversos planos; en el civil, la lucha contra la burocratización y la máquina estatal de la Administración. Los principios que inspiraban esta propuesta eran de origen anarquista y la meta a la que, lejana, utópicamente, se aspiraba, la acracia y el libertarismo.

Será ésta, que duda cabe, una juventud caracterizada por el desencanto y la reclusión: “[...] *de desencanto comprensible ante el fracaso de la macrorrevolución; de la esperanza diferida, y no ya de lo inminente; y de repliegue a una micro-revolución cultural y de la vida cotidiana [...] De reclusión [...] pero no en idílicas comunas sino en medio mismo de la “muchedumbre solitaria”, dentro del endogrupo al que se pertenece, perdida la esperanza utópica en la propagación del “modelo”, y a la espera, a lo sumo, de que tal micro-revolución transforme a la larga la sociedad por erosión de los cimientos sobre los que ésta se levanta.*”<sup>30</sup> Desencanto y reclusión que, además, presentará otras características que no se pueden obviar, puesto que suponen la base del actual antihumanismo individualista y del hedonismo propio de la postmodernidad<sup>31</sup>: 1) desarrollo de una nueva sensibilidad, el de la sentimentalidad y la sensualidad (anteriormente reprimidas); 2) desarrollo de la imaginación erótica, la liberación sexual y la de las formas parentales establecidas, con sustitución progresiva, en gran parte por espíritu antiburocrático, del matrimonio por la pareja; 3) el cultivo del éxtasis erótico,

<sup>27</sup> *Bajo el signo de la juventud y...*, op. cit., pp. 35.

<sup>28</sup> *Propuestas morales*, Madrid, Tecnos, 1983, pp. 47.

<sup>29</sup> *Moralidades de hoy y de mañana*, Madrid, Taurus, 1973, pp. 66 y 67.

<sup>30</sup> *Sobre imagen, identidad...*, op. cit., pp. 173.

<sup>31</sup> *Ibidem*, pp. 173 y 174.

menos alejado del éxtasis místico de lo que el moralismo tiende a suponer, y la experiencia, procurada por medios externos, de éxtasis místico (en contraposición con la búsqueda de la mera excitación intramundana, mediante excitantes como el tabaco, el café o el alcohol); 4) tendencia a la disolución de la identidad individual en el endogrupo y la del tiempo presente en el futuro y en el pasado, en el futurible y en el utópico o, dicho de otro modo, el intento de liberación de las ataduras del tiempo y de la realidad, por medio del sueño, el ensueño y la imaginación, así como de las ataduras de la causalidad, por la magia y el parapsiquismo; y 5) microrrevolución de la vuelta a la artesanía grupal o, por lo menos, a la llamada tecnología intermedia, y la vuelta a la naturaleza.

## 5. Consecuencias: cambio en la condición de la ideología

Los fenómenos juveniles constestatarios representaron un momento articulante en la contemporaneidad al ser generadores de la última revuelta en oposición a la cultura establecida. No obstante ello, también representaron el inicio de otra configuración en los valores que poco a poco se fueron imponiendo en el nivel social y que descansan, fundamentalmente, en la individualidad y la privaticidad, dándose con ello una evacuación de los contenidos morales y una desideologización/despolitización creciente <sup>32</sup>. Las contraculturas del 68 representaron la muerte de los discursos de salvación del hombre, del sujeto, de la persona; al tiempo que los fenómenos contraculturales asociados implicaron la conclusión del humanismo ilustrado. El Mayo del 68 fue una revuelta burguesa de la que salió fortalecido el individualismo y triunfante el posibilismo subjetivo, por lo que se nos presenta como el punto de partida del antihumanismo contemporáneo: *“Hasta ahora los diversos humanismos habían ido proveyendo al hombre de modelos morales de comportamiento. Nuestra época significa la destrucción de todos los modelos. Si se lleva esta actitud hasta su consecuencia lógica final, se desemboca inexorablemente en la destrucción de la moralidad, en la derogación de todas las normas que, hasta ahora, encauzaban el comportamiento individual para la realización de la personalidad propia. La caducidad de los modelos y de las normas y la caducidad de la realización separada, individual de sí mismo.”* <sup>33</sup>

Mayo del 68 y todo lo que representó, al igual que el movimiento hippy, marginó la libertad moral de tradición humanista y refrendó la libertad natural. Toda contracultura se refugió entonces en el individuo y sus necesidades <sup>34</sup>, cayendo en una posición plenamente antihumanística, al marginar cualquier discurso de salvación social: *“[...] se ha despolitizado en cuanto que, sumamente escéptica por lo que se refiere a las ideologías y los mitos políticos, no está dispuesta a dejar que lo público invada el ámbito de su existencia privada. Su interés se dirige a la elevación del nivel de vida y a la eficacia funcional. La gente en general y la juventud en particular aspiran a vivir tranquilos. Los partidos conservadores de Europa son los favorecidos por este escepticismo político y esta primacía de la vida privada.”* <sup>35</sup> Los últimos años de la década de los setenta representan

<sup>32</sup> Ibidem, pp 130.

<sup>33</sup> *La juventud europea y otros ensayos*, Barcelona, Seix Barral, 1961, pp. 170.

<sup>34</sup> *Bajo el signo de la...*, op. cit., pp. 53.

<sup>35</sup> “La juventud y la política” en *La juventud europea y...*, op. cit.

ya el triunfo del sistema y la domesticación del espíritu de los años precedentes: “*El individualismo existencial exige como contrapartida un conformismo social.*”<sup>36</sup> Lo que cambia es, pues, la condición de la ideología, no asentada ahora en el lazo social, sino en la moral natural de la necesidad: “*A partir de aquella fecha (Mayo del 68), o un poco más tarde, se dió una especie de replegamiento de la juventud, una especie de retracción. No abandonó su protagonismo, pero lo ejerció en otro escenario, diferente: en el escenario de la vida cotidiana. La juventud, en aquellos últimos años, en la década que podríamos llamar de los 70, renuncia a revolucionar el mundo, seguramente porque se da cuenta de que no podría revolucionarlo, e intenta erosionarlo desde sus mismos fundamentos, es decir, a través de una sociología y de una moral de la vida cotidiana. Cambiando esta cotidianidad se esperaba, más o menos conscientemente, cambiar la realidad total dentro de la que vivimos.*”<sup>37</sup>

La esperanza, absolutamente maximalista, de esta revolución total culminó, se frustró, fracasó y declinó en Mayo de 1968, en París. El futuro tiene sus raíces en aquellos años y hoy se vive o malvive instalado en sus consecuencias. Uno y otro movimiento pertenecen ya al pasado. Sin embargo, no han pasado en vano, nos dice Aranguren, han dejado su huella profundamente marcada en lo posteriormente acaecido. El primero, la revolución estudiantil burguesa, en tanto que reacción; y el segundo, lo contracultural, destiñendo, por decirlo así, en los *mores* usuales del hombre occidental, el cual, al menos exteriormente, en cuanto aligeramiento del encorsetamiento del cuerpo, de las maneras y del atavío, pero también por lo que se refiere a la liberación o deseo de liberación de ritos secularizados, protocolos, rutinas y convenciones burocráticas, se ha aproximado al estilo juvenil de vida, se ha contagiado de él<sup>38</sup>.

<sup>36</sup> “La juventud y la realidad histórico-social” en *La juventud europea y...*, op. cit.

<sup>37</sup> “Ètica d’aquest fenomen” en *Els infants, nou esclat social*, op. cit., pp. 98 y 99.

<sup>38</sup> *Sobre imagen, identidad...*, op. cit., pp. 172 y 173.